

Don Quijote de la Mancha en las Tradiciones Peruanas

Por Dora Bazán Montenegro

Doctora en Educación, Filología Románica, Lingüística y Literatura.
Profesora Emérita de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y
directora del Instituto de Estudios Clásicos y Orientales de la Universidad
Ricardo Palma. Decana de la Facultad de Humanidades y Lenguas
Modernas.

En recuerdo de don Dámaso Alonso

El presente artículo hace un análisis comparativo entre un episodio de Don Quijote de la Mancha y una tradición de Ricardo Palma, revisando la forma narrativa como la trama de ambos textos.

Palabras clave: intertextualidad, forma y fondo, estilo.

Mi primer contacto con la relación entre la obra de Ricardo Palma y Miguel de Cervantes lo tuve en la antigua Universidad de Madrid, hoy Universidad Complutense. Esto pese a que ya había estudiado detenidamente la obra de Palma, sobre todo las *Tradiciones Peruanas*. A *Don Quijote de la Mancha*, en edición para adultos, lo conocía desde el primer año de Secundaria. En mi colegio San José de Cluny tenía una profesora aficionada a Cervantes y que incluso me hizo leer la novela ejemplar *La gitanilla* y preparar un trabajo de análisis sobre ella. Y el Quijote lo leímos en clase. Respecto a Palma, en especial a las *Tradiciones Peruanas*, las estudié desde el primer año de letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Las analicé todas y preparé la tesis de bachillerato sobre la mujer en las *Tradiciones Peruanas* bajo la dirección del doctor Alberto Escobar. Posteriormente, el mismo profesor me dirigió la tesis para el doctorado de lingüística y filología sobre los nombres en Palma.

Es interesante recordar que Alberto Escobar fue discípulo de Raúl Porras Barrenechea, que este fue su gran amigo y que se encontraban permanentemente, ya que vivían cerca, en Miraflores. Actualmente la casa de Raúl Porras está al cuidado del Instituto Raúl Porras Barrenechea, a cargo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y la casa de Palma al cuidado del Instituto Ricardo Palma, al mando de la familia.

En la Universidad de Madrid estudié filología románica y preparé mi tesis de doctorado sobre Palma y España bajo la dirección de Dámaso Alonso. El jurado me calificó con la nota de excelente y me recomendó que siguiera la línea de investigación escogida, la influencia de los escritores clásicos y picarescos en las tradiciones de Palma, pero, premonitoriamente, señalé que los españoles deberían estudiar la influencia de los escritores latinoamericanos en su literatura. Por aquella época, antes de los setenta, Mario Vargas Llosa se encontraba en España con la tía Julia y a los pocos años se producirían el fenómeno del *boom*.

Las escuelas literarias que sigo son varias, entre las que destaca la del suizo Leo Spitzer y la de los españoles Dámaso Alonso, Carlos Bousoño y otros. Las ideas fundamentales de esta escuela se refieren a que en el análisis estilístico empleado en la literatura comparada es esencial la diferencia entre *materia* o estructura profunda y *forma* o estructura superficial.

Forma y materia en literatura

Forma

El interés que Palma demuestra por el lenguaje es por demás conocido, al punto que espigando en cualquiera de sus obras encontramos testimonios de esto y el mismo autor nos lo cuenta:

Han de saber ustedes que yo soy un chiflado del siglo XIX, y que mi inofensiva chifladura consiste en preocuparme de cuestiones sobre gramatiquería y lingüística castellana. Una mala concordancia, por ejemplo, en pluma que estimo como castiza y correcta, me crispa los nervios.

«A los muchachos de mi tiempo se nos forzaba a pasar cuatro años aprendiendo latín y nociones de griego. Esta circunstancia, unida a la que, en las pocas y pobres librerías de la capital era difícil encontrar libros en francés, inglés o alemán, influyó para que aquellos jóvenes de mi tiempo, picados por la tarántula de las aficiones literarias, se diesen un hartazgo de lectura con las obras de los grandes hablistas castellanos del siglo XVI hasta nuestros días juveniles, en que la batuta de la literatura española estaba en manos de los románticos Espronceda, Zorrilla, etc. De este hartazgo de lectura castellana nació mi ya incurable chifladura o apasionamiento por la lengua de Cervantes. (T.P.C, p. 1506)».

Más aún, el tradicionista llega a opinar sobre la manera de hablar de personas a las que no conoció. Lo hace, sin embargo, porque ha tenido oportunidad de observar la pronunciación de compatriotas suyos. Así, por ejemplo, supone que el virrey Amat, por ser catalán, cerraba las vocales finales y perdía la postónica:

...lo reconocía el mismo virrey, quien conversando una tarde con los oficiales de guardia que lo acompañaban a la mesa, dijo con su acento de catalán cerrado: «¡Muchi diablus de latrons!» (T.P.C. pg. 649).

Su interés por el lenguaje se extiende al estudio y manejo estilístico de los registros de lengua súper estándar literaria y científica, estándar culta y cotidiana, y sub-estándar popular. En cuanto al manejo estilístico de todos estos registros es tan

sutil y tan adelantado a su tiempo que lo he nominado como “el pionero de los estudios terminológicos en el mundo”

Materia

La diferencia antes citada se debe a un cambio de actitud vital y a una nueva actitud lingüística que llevaron a Palma, entre otras cosas, a utilizar el más variado material como tema de sus tradiciones.

El creciente afán histórico del autor, a partir de las tradiciones románticas, se revela al anotar los datos que sitúan y aclaran el acontecimiento que va a ser narrado. Ahora bien, todos conocemos el interés que Palma tuvo por la historia ya que, inclusive, se preocupa por señalar las fuentes de sus relatos, como ocurre en el caso que nosotros presentamos no las revela en ningún momento.

Creemos, pues, que la fidelidad absoluta a la fuente es propia del historiador y que Ricardo Palma, aunque aficionado a la historia, no es un historiador. Su mayor preocupación era “encontrar materiales para condimentar un succulento puchero” “dándoles el saborcito tradicional gustoso al paladar (T.P.C.)”.

Un capítulo del Quijote

En la segunda parte de la obra maestra de Cervantes, el barbero empieza su relato en presencia de don Quijote, el cura y otros personajes. El barbero empieza su relato ante Don Quijote y el Cura.

Á esta sazón dijo el Barbero: —Suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió

en Sevilla; que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarlo: (Cervantes. Don Quijote de la Mancha.)

Dio la licencia Don Quijote y el Cura y los demás le prestaron atención, y él empezó de esta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habían puesto ahí por falta de juicio. Era graduado en Cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio á entender que estaba cuerdo en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al Arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y á pesar de la verdad, querían que fuese loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellán suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízole así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de gran entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora, y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada; antes habló tan atentamente, que el capellán fue forzado á creer que el loco estaba cuerdo, y entre otras cosas que el loco le dijo fué que el retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían por que

dijese que aún estaba loco, y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos, ponían dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codicioso y desalmado á sus parientes, y á el tan discreto que el capellán se determinó á levársele consigo á que el Arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado; volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque, sin duda alguna, el licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellán las prevenciones y advertimientos del retor par que dejase de llevarle; obedeció el retor viendo ser orden del Arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que el le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula donde estaba un loco furioso, aún que entonces sosegado y quieto, le dijo:

—Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy á mi casa; que ya Dios á sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio ya estoy sano y cuerdo; que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me á vuelto á mi primero estado, también le volverá á él si en El confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma y comalos en todo caso; que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos

vacios y los cerebros llenos de aire. Esfuércese, esfuércese; que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.

Todas estas razones de licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja desnudo en cuero, preguntó a grandes voces quien era el que se iba sano y cuerdo.

Sano y cuerdo. El licenciado respondió:

—Yo soy, hermano, el que me voy; que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los ciegos, que tan grande merced me han hecho.

—Mirad, lo que decís, licenciado, no se engañe el diablo —replicó el loco—; sosegad el pie, y estaos que Dito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta.

—Yo sé qué estoy bueno —replicó el licenciado—, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.

—¿Vos, bueno? —dijo el loco—. Agora bien, ello dirá; andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que sólo por este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos. Amén. ¿No sabes tu, Licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo?

Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo; y es con no llover en él y en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar

desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¡Tú libre, u sano, tu cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado...!

Así pienso llover como pensara ahorcarme.

Á las voces y a las razones del loco estuvieron los circunstante atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos.

Le dijo:

—No tenga vuestra merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter y no quisiera llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.

Á lo que respondió el capellán:

—Con todo eso señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter.

Vuesa Merced se quede en su casa; que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced.

Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medió corrió el capellán; desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

—Pues éste es el cuento, señor barbero —dijo don Quijote—, que por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle? (Tomo V, p 32-38).

El Rey de los Camanejos

Ricardo Palma, ni corto ni perezoso, utilizó el episodio del Quijote que acabamos de copiar, para escribir su tradición “El Rey de los Camanejos”. En la primera parte de esta —como de costumbre— nos habla de algo relacionado con la tradición, con el objeto de encontrar un pretexto para hacer intervenir al protagonista. El pretexto en este caso es la sacristía de la Iglesia de la Merced, de Arequipa que es descrita en detalle, luego de lo cual concluye:

Poniendo punto a este preámbulo indispensable, vamos a la tradición explicatoria del emblemático lienzo. ¡A la mar, agua! (T.P.C, p. 981).

Enseguida, presenta al protagonista, lo coloca en el contexto situacional, cronológico y social en que se desenvuelve:

Hasta 1823 comía pan en la ciudad del Misti un hidalgo llamado Don Pedro Pablo Rosel, nacido en Arequipa e hijo de español empingrotado y de arequipeña aristocrática.

Este sujeto, que había recibido la más esmerada educación que por aquellos tiempos diérase a mozo de buen solar, y que sobre todo tema disertaba con recto criterio, habría pasado hasta por hombre de esclarecido talento y de buen seso, si de cuando en cuando no se le escapará este desparpucho:

—Yo no soy un cualquiera, ¿Estamos?

—¿Quién lo duda, señor Rosel? —le contestaba alguno de sus tertulios.

—Sépase usted, mi amigo —continuaba Don Pablo—, que está usted hablando nada menos que con el príncipe

heredero del trono de Camaná; pero éstos pícaros zambos de los roseles (que así calificaba a su parentela) me robaron chiquito de palacio, sobornando a las damas de honor, azafatas y meninas de mi madre la reyna, y me trajeron a Arequipa.

—¿Y cómo ha llegado vuesa majestad a descubrir tamaña villanía?

Por revelación del Arcángel San Miguel, que en tres ocasiones se me ha aparecido y refiriéndome las cosas de pe a pa. Pero pronto arrojaré del trono al usurpador, y esos zambos de los roseles verán donde les da el agua.

Hemos dicho que, fuera del tema de su locura, en todo lo demás procedía don Pedro Pablo con juicio que le envidiarían los cuervos, pues como agricultor y comerciante le acompañaba el acierto, progresando su hacienda de maravillosa manera.

Para no *encallarse*, rozándose con todo el mundo, con mengua de su dignidad de príncipe real, don Pedro Pablo se dejaba ver rara vez por las calles de Arequipa. En su casa y en su intimidad solo recibía media docena de amigos, a los que tenía apalabrados para futuros ministros del reino, y a fray Francisco Virrueta, del orden de la Merced, arzobispo presunto de Camaná. Todos ellos llevaban el amén al loco manso, discurrían con él sobre un plan de hacienda, en virtud del cual las aceitunas de Camaná valdrían su peso en plata, y disparataban ni más ni menos que si estuvieran en Congreso aderezando proyectos de ley o en Consejo de ministros a la de veras.

Regina, que así se llamaba la hija única de don Pedro Pablo, y que era una muchacha tan seria y formalota que parecía tener una vieja adentro, agasajaba a los tertulies nocturnos de Su Majestad camaneja con una succulenta jícara de chocolate

acompañada de bollos. La princesita sabía hacer los honores palaciegos.

Acostumbraba el padre Virrueta decir misa a las cinco de la mañana en la iglesia de la Merced, y entre los pocos asistentes a ella encontrábase con frecuencia don Pedro Pablo, que en varias ocasiones se brindó a servir de ayudante; que era Su Majestad camaneja hombre devoto y respetuoso con la Iglesia, si bien, como Luis XI y Felipe II, sostenía que los monarcas acatando mucho al Pontífice, no deben cederle un palmo en asuntos temporales de patronato.

Una de esas mañanas amaneció el loco manso con la vena gruesa.

Toleró, mordiéndose los labios, que el sacerdote consumiese la Hostia sin pedirle la licencia que a su juicio era de rito cuando se celebraba ante el monarca; pero al ver que el oficiante iba a consumir el sanguis con el mismo desacato y con tanto menoscabo de las regalías del patrono, arrebató el cáliz al padre Virrueta, y dándole con él tan tremendo golpe en la cabeza que casi se la partió en dos, le gritó furioso:

—¡Esa no te la aguanto, fraile mal criado! Te dejé consumir la Hostia sin mi venia, creyendo que por distracción no me la pediste; pero reincides maliciosamente y te castigo como debo. ¡Chupa, fraile mastuerzo!

Y como el loco se hallaba dominado por la furia, quiso seguir menudeando golpes al pobre fraile, que no tuvo más escapatoria que echar a correr. Afortunadamente para él, enredóse su perseguidor en la cadeneta de la campanilla de un altar y cayó al suelo, circunstancia que aprovecharon los asistentes para atar codo a codo a Su Majestad Camaneja.

Como era natural, el suceso causó gran alboroto en Arequipa, no solo por la cabeza rota del mercenario, sino por la irregularidad en que quedó la iglesia, por haberse derramado en su pavimento el sanguis. Mientras teólogos y canonistas se ponían de acuerdo con la autoridad eclesiástica para la rehabilitación del templo, permaneció éste cerrado por algunos meses.

Después de los consigüentes asperges, latinazos y canto llano, dobles y repiques, se dio por nulo y sin valor todo lo sucedido y por limpio y purificado el pavimento de la polluta iglesia.

Terminadas las fiestas de rehabilitación, en las que el padre Virrueta fue el protagonista, acordó la comunidad, por voto unánime, hacer pintar un cuadro que conmemorase el suceso y colocarlo cerca del altar. Pero el padre Virrueta tomó por el susodicho cuadro más ojeriza que Sancho por la manta, y mandó que se le trasladase a la sacristía, donde es probable que permanezca mucho tiempo todavía; porque el cuadrito ha resistido ya más de medio siglo sin sufrir desperfecto por terremotos, incendios y aguaceros. Hasta la polilla y los ratones le tienen miedo y no le hincan diente.

Como es de suponer, la locura de Rosel obligó a la familia a adoptar medidas, no solo para evitar conflictos posteriores, sino también para curarlo, si posibilidad de ello había en los recursos de la ciencia. Pero a pesar de galenos, el loco iba de mal en peor; y poniéndose cada día más furioso, era peligro permanente para vecinos y deudos. Solo su hija Regina, que no era ninguna *señorítiga* asustadiza, ejercía algún dominio sobre él.

Se acordó definitivamente por la familia conducir a don Pedro Pablo a una casita de campo, que en el pago de San Isidro, a una milla de la ciudad, poseía el alienado; pero como Regina no quiso consentir en que la traslación se hiciera encerrando a su padre en una jaula, hubieron de confabularse autoridad, deudos

y médicos para arbitrar expediente en que la violencia, el rigor o la camiseta de fuerza quedaran excluidos.

Una mañana llegó a casa de Rosel un alférez de carabineros reales con seis soldados lujosamente cabalgados y equipados, el que haciendo genuflexiones y cortesías dijo:

—Majestad, vengo enviado por vuestros leales vasallos de Camaná para poner en vuestro augusto conocimiento que el trono está vacante, y que todos gimen y suspiran porque os presentéis cuanto antes y libertéis a la patria de ambiciosos y usurpadores que se disputan la corona. Si fuera vuestra sacra y real voluntad ponerlos en camino ahora mismo, brava y lucida escolta os ofrezco.

El rey, dando a besar su mano al emisario, contestó:

—Levántate, marqués de la Buena Nueva, que hacerte merced quiero por tu fidelidad pura con tu soberano. Mi reino me llama, y a su llamamiento acudiré con presteza. Nos pondremos en marcha después de refocilar el estómago. Regina, el almuerzo.

En la mesa no anduvo corto el flamante marqués en pintar el entusiasmo de los camanejos por su monarca, pintura que escuchó éste con aire de eso y mucho más me merezco.

—Ya veremos cómo hacer felices a esos pobres diablos— parecía decir la sonrisa bonachona de Su Majestad don Pedro Pablo I de Cumaná.

Al salir al patio, uno de los soldados, hincando una rodilla en tierra, le presentó un caballo soberbiamente enjaezado. El monarca, poniendo la regia planta en el estribo, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Marcos Quispe Condorí, *taitai* —contestó el soldado, que era un indio rudo de la Puna.

—Pues algo ha de tocarte en la distribución de mis reales mercedes, Marcos Quispe Condorí. Te hago desde hoy caballero de espuela dorado, libre de todo pecho y anata.

—Dios te lo pague, *taitai*.

Y la comitiva emprendió el camino de la Amargura en dirección al Calvario.

Faltaba una cuadra para llegar a la casita de campo, cuando se presentaron de improviso hasta veinte hombres arrasados de escopetas y sables mohosos, gritando “¡muera el rey!”.

El marqués de la buena Nueva y sus seis jinetes, al grito de «¡viva el rey!» arremetieron sobre los sediciosos, y éstos contestaron a escopetazos. La zinguizarra no parecía de mentirijillas.

¿Qué creerán ustedes que hizo Su majestad? Pues, señores, tuvo el buen sentido y la grandeza de ánimo (que los caudillos cuerdos nunca tuvieron) de sacar su pañuelo blanco, y con voz alterada por una gran emoción, gritó:

—Me rindo, hijos míos, y que no se derrame sangre por mi causa.

Decididamente, sólo un loco es capaz de abnegación tamaña.

Los vencedores se apoderaron de don Pedro Pablo y lo encerraron en un cuarto, remachándole antes al pie izquierdo una cadena sujeta por aro de fierro a la pared.

Regina acompañó a su pobre padre en el cautiverio. Probablemente la pérdida de la batalla (y con ella el destronamiento y la prisión) influyeron favorablemente en el sistema nervioso de Rosel; pues lo abandonó todo arrebatado de furia, volviendo a su locura inofensiva de erigir que se le tratase con la consideración debida a un rey en desgracia. Algo más: sentado en un sillón de baqueta de Cochabamba, recibía a sus arrendatarios, con quienes después de arreglar cuentas, hablaba juiciosamente sobre el regadío y la sementera. También sus amigos los ex ministros iban a visitarlo en ratos perdidos, maravilla de que no podrá alabarse ningún poderoso caído: “En tiempo de higos, abundan los amigos; pero en tiempo agreste, nos huyen como de la peste”.

Solo el padre Virrueta le guardó al loco, que casi lo descalabra, con su perpetua inquina. “Su paternidad era durillo de entrañas”. (T.P.C, pp. 982-984).

Luego el tradicionalista, amante de contar todo lo que viene a su pluma, se entretiene en explicar la forma de su locura, el suceso que determinó su encierro, el modo en que lo lograron, etc. Sin embargo, después de transcurridos algunos años de encierro, sucede algo semejante a lo que nos narra Cervantes en el capitulillo que hemos transcrito más atrás:

En su última enfermedad creyóse que Rosel había recobrado la lucidez de la razón, pues rechazó el tratamiento de majestad protestante de semejante locura. El médico y el confesor persuadidos de que el moribundo gozaba de cabal juicio convinieron en que se le administrara el Viático, sacramento que don Pedro pedía con insistencia (T.P.C, p. 984).

Este sacerdote —como el del Quijote— también estaba convencido de que el loco había recobrado la razón, pero en el

último momento y por unas palabras inoportunas se descubre la verdad.

Trajeron, pues, al Santísimo con acompañamiento de medio Arequipa, que Rosel fue vecino servicial, honrado y muy querido. Pero al oír música y la campanilla, preguntó el enfermo qué ruido era ese: contestándole el confesor que era la Majestad Divina que venía a despedirlo para la eternidad, quedóse Rosel un rato pensativo, y con voz que apagaba ya la muerte, murmuró como hablando consigo mismo:

—¡Bien! Que pase... Se juntarán dos Majestades" (T.P.C, p. 984-985).

No quedaba duda y el tradicionista, como el barbero, concluye el relato:

Con tan clara prueba de que la locura era persistente, supondrá el lector que el cura regresó sin administrar el Viático. (T.P.C, p. 985).

Aclaremos así concluye el episodio central del relato pero no la tradición, pues Ricardo Palma, de acuerdo con lo que acostumbra hacer, incluye una nota de humorismo, y para ello zahiere la minuciosidad de los historiadores:

Como en 1823 no existía aún *El Comercio* ni diario alguno noticioso, no he podido averiguar si el rey de los camanejos mereció o no honores fúnebres de sus súbditos. (Ibíd).

Las semejanzas entre ambos episodios, no dejan lugar a dudas, sobre todo cuando el tradicionista, ¿inadvertidamente?, hace una comparación en la que alude al Quijote. "Nos dice que el padre Virrueta tomó por el susodicho más ojeriza que Sancho por la manta"... (T.P.C, p. 981).

Bibliografía

DE CERVANTES, Miguel. *Don Quijote de La Mancha*, tomo V. Madrid, Espasa Calpe, 1957.

PALMA, Ricardo. *Tradiciones Peruanas Completas*. Madrid, editorial Aguilar 1964.

BAZÁN, Dora. *Mujeres, Ideas y Estilo en las Tradiciones de Palma*. Lima, Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma, 2001.